

La gracia imperecedera del Señor Krishna

Basado en un relato del *Mahabhárata*

Los justos hermanos Pándavas, guiados por el noble Yudhíshthira, eran los herederos legítimos del reino de Hastinapura. Sin embargo, a causa del engaño de su celoso primo Duryódhana, fueron exiliados a vivir en el bosque durante doce años.

Varios sabios leales a los Pándavas los siguieron al exilio. Sin saber cómo iba a cumplir con su deber de alimentar a su familia y a los sabios, Yudhíshthira le pidió a Surya, el Dios Sol, un don. El Señor Surya escuchó la plegaria de Yudhíshthira y se le apareció. La armadura que llevaba era fuego dorado y en sus manos sostenía un cuenco maravilloso, el Akshaya Patra: la vasija inagotable, brillante y ardiendo como el Sol mismo.

El Señor Surya habló:

—Hijo mayor de Pandu, contempla este cuenco divino, símbolo de la gracia imperecedera de Dios. De este cuenco, tú y tus hermanos deben obtener su comida diaria. Y dejen que Dráupadi, tu esposa, les sirva a todos los sabios. Una vez que todos hayan quedado satisfechos, Dráupadi tomará su comida al final, como es nuestra costumbre. De esta manera, te prometo que nunca conocerán el hambre.

Los Pándavas estaban agradecidos por el regalo del Dios Sol, y cada día siguieron su mandato, tomando su comida del Akshaya Patra. Cuando los Pándavas y todos los sabios habían terminado de comer, Dráupadi se servía su propia porción, y después el cuenco permanecía vacío hasta la siguiente mañana, en que mágicamente se llenaba de comida otra vez.

Cuando la noticia del Akshaya Patra llegó a Hastinapura, el malvado Duryódhana se puso furioso. Fraguó otra trampa para los Pándavas. Empezó a rendir sus respetos a Durvasa Muni, un sabio poderoso, dándole de comer a él y a sus diez mil seguidores, con la esperanza de recibir un don de él. Durvasa era famoso en todo el mundo por su ira. La menor falta de respeto podía suscitar una maldición, y reyes y dioses por igual temían su ira. Pero el sabio estaba satisfecho con las ofrendas de Duryódhana, y le dijo:

—Estoy complacido contigo. Pide cualquier deseo y te será concedido.

Duryódhana había estado esperando este momento, saboreando la posibilidad de destruir a sus enemigos.

Hizo una profunda reverencia y le pidió a Durvasa:

—¡Oh poderoso sadhu, emperador entre los yoguis! Mi deseo es este: Ten la amabilidad de visitar a los Pándavas en el bosque. Ellos son amigos míos queridos, y muy piadosos. Tu presencia les va a dar una gran alegría. Por favor, visítalos después de que Dráupadi haya tomado su comida, pues entonces podrá servirte mejor.

El sabio estuvo de acuerdo, y al día siguiente emprendió con sus diez mil discípulos el viaje hacia la choza de los Pándavas.

A la tarde siguiente, al ver llegar al sabio, Yudhísthira fue rápidamente por sus hermanos para recibirlo. En su prisa por dar la bienvenida a estos ilustres visitantes, Yudhísthira olvidó que Dráupadi apenas había terminado de comer. Yudhísthira le dio la bienvenida a Durvasa Muni con las manos juntas, y dijo:

—Oh sabio, por favor toma un baño en el río, y luego tendremos el honor de proveer una comida para ti y tus discípulos.

La princesa Dráupadi había salido de la choza para saludar a los visitantes. Cuando escuchó la invitación de Yudhísthira se estremeció de terror. ¡El Akshaya Patra estaba vacío! Sería imposible proporcionar comida para el hambriento sabio y sus hombres. Durvasa de seguro maldeciría a la familia entera.

Dráupadi corrió hacia la choza, se arrodilló ante la puja y oró fervientemente al Señor Krishna, el Guru de los Pándavas:

¡Shri Krishna,
cuyo poder es ilimitado,
tú eres el Héroe infatigable de los afligidos,
el Preservador de todos los mundos y la creación,
el más Alto de lo más Alto, el Gran Refugio de todo!

Bajo tu protección, oh Señor de los Dioses,
todos los males pierden su terror.
Así como me has salvado antes tantas veces,
sálvame de esta dificultad.

Al escuchar su plegaria, el Señor Krishna se apareció de inmediato ante Dráupadi. Era tan luminoso como todos los mundos celestiales, la encarnación misma de la verdad y la rectitud. En una voz firme, amorosa, el Señor dijo:

—Dráupadi, ¡tengo tanta hambre! ¡Rápido! ¡Tráeme algo para llenarme!

Dráupadi imploró:

—Pero mi Señor, ¡ya no hay comida! El Akshaya Patra está vacío, y Durvasa se enojará con nosotros! ¡Por favor ayúdame!

El Señor Krishna, el Señor que habita en el corazón de todos, le volvió a ordenar:

—¡Rápido, rápido! ¡Mi estómago ruge! ¡Tráeme el cuenco de Surya! ¡De seguro algo ha quedado!

Dráupadi pensó para sí misma: “Es mi dharma confiar en el Señor completamente y seguir su mandato. Él ve lo no visible y vuelve real lo imposible. Me entrego a su deseo.” Se inclinó y fue a traer el Akshaya Patra y se lo ofreció a su Guru. Shri Krishna recorrió el borde con un dedo. Luego le sonrió a Dráupadi y levantó el dedo; se adhería a él un solo grano de arroz. El Señor se comió el grano con gran deleite, paladeando su sabor. Y luego exclamó:

—Que Hari, el Alma del universo, sea plenamente saciado con esta ofrenda.

Bhima, el más fuerte de los Pándavas, había presenciado este juego divino. El Señor Krishna se volvió hacia él y dijo:

—¡Ve pronto, e invita a Durvasa y a los demás a su comida!

Entre tanto, mientras Durvasa y sus discípulos se estaban bañando en el río, de pronto no sintieron ningún deseo de comer algo. Un discípulo preguntó:

—Oh venerable sabio, ¿qué vamos a hacer? Todos estamos llenos; estamos completamente saciados. Es imposible participar de la comida de los Pándavas.

El rishi replicó:

—Al aceptar su invitación y luego rechazarla habremos cometido una grave ofensa. Yudhíshthira y sus hermanos son virtuosos, pero son guerreros. Esta mala conducta los va a enfurecer. ¡Huyamos, antes de que regresen!

Bhima, siguiendo las instrucciones del Señor Krishna, fue al río, sólo para ver a Durvasa y los demás alejándose a la carrera de la morada forestal de los Pándavas. Cuando Bhima le comunicó esto a Yudhíshthira, este le preguntó que cómo era eso posible, y Bhima le contó que el Señor Krishna había llegado y había intervenido. De inmediato los Pándavass fueron a la choza para ofrecer su gratitud y recibir el *darshan* de su Guru.

El Bendecido Señor les dio la bienvenida a todos con una radiante sonrisa. Dráupadi describió cómo el Señor Krishna había aparecido y cómo saboreó el único grano de arroz que quedaba en el Akshaya Patra. Con los ojos llenos de lágrimas de gratitud, los Pándavas se inclinaron ante él.

El Señor Krishna dijo:

—Es por la sincera plegaria de Dráupadi que estoy aquí. Aunque su ofrenda era humilde, su fe y su devoción me complacieron. Su fe en mí fue inquebrantable. Cuando uno realiza su deber con amor como una ofrenda a Dios, incluso la buena acción más pequeña tiene el poder de enaltecer a muchos.

“Dráupadi ha mantenido el dharma, como ustedes también, oh dignos Pándavas. Siempre recuerden: como el Akshaya Patra, la gracia de Dios es eterna e imperecedera. Y para los virtuosos, aquellos que se refugian en Dios, la victoria es muy segura. ¡Que la prosperidad sea siempre suya!”

Yudhíshthira le dijo al Señor Krishna:

—Tú, oh Señor, eres la fuente de la paz y la morada de la prosperidad. ¡Nos inclinamos ante ti una y otra vez y siempre te recordaremos en nuestro corazón!

Todos los seres existen dentro del Señor infinito. Ciertamente, la satisfacción del Señor Krishna con la ofrenda de Dráupadi satisfizo el hambre de diez mil hombres y salvó a los Pándavas de las maneras más inesperadas.

El Mahabhárata es un poema épico escrito en sánscrito por el gran sabio Vedavyasa. Junto con el Ramáyana, el Mahabhárata es una de las obras más renombradas de la literatura india. Tiene gran riqueza de historias y enseñanzas, y contiene también el tesoro espiritual de la Bhagavad Gita.

Relatado por Morgan Hooper

Diseño de Hira Tanner